

barazos —sobre 290— de jóvenes menores de 22 años. Pero hay un segundo dato que aún llama más la atención. “El perfil es una chica que ronda los 20 años con una media de tres hijos, pero incluso las hay que tienen cinco o seis”, advierte Ofelia Marrero, única ginecóloga del centro de salud del barrio. “Atiendo al año alrededor de 200 embarazos de mujeres que empezaron a tener niños antes de llegar a los 20”, añade.

El embarazo adolescente no es un accidente en Jinámar. Las chicas quieren tener niños. Cuanto antes, mejor. “¿Qué hago? ¿Esperar a que sea una vieja de 30 ó 40 años?”, resume Marta, que fue madre a los 15 y a los 17. “El riesgo se da durante la ESO, las pocas que pasan a Bachillerato abren las miras”, explica Rosalía, la jefa de estudios del instituto *lila*, uno de los tres que hay en la barriada. Pero, ¿por qué las niñas tienen tanta prisa por ser madres?

Yaiza tiene 16 años y espera un hijo de Yeray, de 18. Ella va a abandonar sus estudios de ESO para tener “un embarazo tranquilo”. Él ahora está en paro. Antes trabajaba en la construcción. ¿Es un niño deseado? “Más o menos, no lo esperábamos, pero tampoco tomábamos precauciones”, explica la futura madre. Niega rotundamente la falta de información, pero mascula que el padre prefería “hacerlo sin condón”. Su caso responde con exactitud al perfil que establecen los servicios sociales: padre sin estudios pero con ingresos, mayor que la madre, dominador y chica que deja los estudios. Por el momento, no se irán a vivir juntos. “No tenemos dinero para eso”, avisa Yaiza. El niño nacerá y ellos seguirán con sus respectivos padres. En su grupo de cinco amigas “íntimas” hay otras tres barrigas juveniles.

El origen del barrio explica muchas cosas. Jinámar es una colección de idénticos edificios grises que salpican una desértica colina dibujando un acordeón. En 1979, cuatro años después de la muerte del dictador, se terminó este proyecto de política social de indudable sello franquista. Hasta allí se mudaron las familias que vivían en los numerosos poblados chabolistas de Las Palmas, ciudad que creció de tal forma el pasado siglo que duplicó su población dos veces. También se acomodó a las familias que años antes habían sido evacuadas del Sáhara. La primera fase constaba de 22 bloques con 44 viviendas cada uno y 11 pisos de altura. Había nacido el chabolismo vertical. Extensas familias canarias comenzaban a hacinarse en edificios sin agua ni luz. “He visto pisos en los que malvivían hasta 17 personas”, recuerda Ana Domínguez, trabajadora social que lleva más de una década en la zona.

Ella lo achaca a “la especial idiosincra-

## Las herederas de ‘Reyitas’

“Esta obra está dedicada a las madres que fueron caminando hasta Las Palmas para que sus hijos tuvieran médicos, colegios y parques”. La vida en VHS y blanco y negro. Corría 1986 y los niños del colegio Montiano Placeres, el primero de Jinámar, dedicaban una función teatral a las mujeres del barrio para celebrar la llegada de las primeras infraestructuras. Ellas habían sido el motor de las reivindicaciones sociales. Reyes Hernández, *Reyitas*, fue la pionera. Su familia llegó de las primeras. Enferma y con seis hijos a cuestas pronto comprobó que el bienestar prometido era realmente una cárcel social. “En el 84 ya eramos una pandilla grande luchando por el barrio”, recuerda. Una manifestación supuso el punto de inflexión. Organizaron una caminata de 10 kilómetros entre el Jinámar y Las Palmas. Alrededor de 1.500 personas exigieron a las instituciones que hicieran habitable este

polígono de edificios.

En un lugar tan anclado en el pasado que el hombre es el que hace vida fuera de casa, en cada familia se esconde una *Reyitas*. Ahogado por el paro, las drogas y la falta de expectativas, las mujeres le han aportado el punto de cordura. “Aquí hay abuelas de 35 años de las que depende una estructura familiar entera, mantienen la casa y cuidan de sus hijos y de sus nietos mientras los hombres están en la calle”, explica la trabajadora social Ana Domínguez. Añade que también son frecuentes los casos de madres *prematuros*: “Niñas de incluso 10 años que tienen que criar solas a sus hermanos porque sus padres son drogadictos o alcohólicos”. A pesar de los avances, el barrio sigue siendo poco apetecible. “La única pena que me queda es morirme y no haberme podido ir de aquí”, se lamenta *Reyitas*. Hasta ella se ha dado por vencida.

sia del barrio”. “Para las chicas es como subir de estatus, como fumar, se creen que son mayores por tener hijos, cambian las muñecas por niños de verdad”, explica. En Jinámar los chicos se refieren a sus novias como *moras*. En cuanto una pareja comienza a salir, las mujeres se convierten en *intocables*. “Muchas chicas tienen falta de autoestima y acceden a todo aquello que el novio les pida con tal de no perderles”, comenta Rosa Montalvo. “Los chicos tienen dinero, trapichean con drogas y son populares, ellas son inseguras y ante todo buscan protección”, resume la psicóloga. Isaac y Toni, ambos de 18 años, juegan con un balón en la calle. El primero es padre. Su hijo está con la abuela materna. ¿Cómo lo mantiene? Risas cómplices y una confesión final: el menudeo de drogas y las subvenciones institucionales como sustento vital.

Desde la unidad de trabajo social se

**“Los chicos trapichean con drogas y son populares; las chicas buscan protección”, explica una psicóloga**

subraya el papel de las telenovelas. “Desde que una se pone de moda, hay que tener cuidado porque se puede acercar una *remesa* de madres”, advierte Rosalía, la jefa de estudios. “Luego dejarán el instituto, tendrán el niño, le pondrán el nombre de algún protagonista y se dedicarán a pasearlo por el parque con las amigas”, explica. Ella conoce al dedillo el protocolo de emergencia. “En cuanto una niña se queda embarazada, hay que intervenir en el círculo de amigas para evitar que se produzca el efecto cadena”, expone con la frialdad de quien comenta algo cotidiano.

Jinámar ha cambiado en los últimos 30 años, pero la sensación de desolación permanece. Hoy malviven un par de farmacias, varios bares y tres supermercados. Los solares desérticos llenos de matorrales y escombros sirven todavía para separar los bloques. La carretera permanece sin pintar y la gente imagina las plazas de aparcamiento como buenamente puede.

Pero estaba previsto que esta barriada fuera todo lo contrario. Aún se conserva el documento del Plan Parcial de 1979. El barrio iba a contar con 21 guarderías, 10 colegios de EGB, cuatro institutos, tres cines, dos oficinas de correos y cuatro centros sociales, entre otros servicios. Tres décadas después no hay un lugar donde dejar a los niños. En las esquinas de los bloques conviven desde primera hora el trapicheo de hachís y cocaína de los *chandaleiros* —grupos de jóvenes con estética

rapera— y las madres paseando a los niños en los cochecitos. Los animados corrillos amenizados por el ruido de las motos permanecen hasta la madrugada.

El aborto ni siquiera se contempla. En tiempos en los que las interrupciones del embarazo se disparan en España —el número de abortos adolescentes aumentó un 17% en 2007 con respecto a 2006—, este barrio es una isla atemporal. “Aquí no se aborta, los niños siempre son bien recibidos, sea cual sea la edad de la chica”, explica Ofelia Marrero. “Somos la segunda comunidad, detrás de Andalucía, con más embarazo deseado adolescente”, reconocía Inés Rojas, consejera de Bienestar y Juventud del Gobierno canario, en una comisión parlamentaria de este año. El papel de las familias es fundamental. “Las parejas son más de dos, muchas veces son las abuelas, que ya han pasado por lo mismo y ven bien ser madre joven, las que crían a los niños”, señala Ofelia Marrero. Cuando el niño nace, entra en un complejo entramado familiar. Los padres no tienen la presión de criar solos a sus hijos.

En la sucesión de oscuros edificios destaca un alegre inmueble pintado de blanco inmaculado. En el corcho de la puerta del Espacio Joven, una declaración de intenciones: anuncios que previenen contra el consumo de drogas y del embarazo indeseado, preservativos gratuitos y un cartel a favor de la independencia del Sáhara. Dentro, tres trabajadores sociales comparten un inmenso salón. No hay visitantes. En Jinámar no hay guarderías y el centro de salud es un pequeño dispensario de dos plantas, pero los jóvenes disponen de toda la información que quieran. Los institutos, la unidad de trabajo social y el Espacio Joven se esfuerzan por cambiar el sino del barrio. Abundan las charlas, los talleres y los folletos. “Pero la situación es la misma que hace 20 años”, añade Plácidia Vega, una veterana educadora dedicada a la orientación sexual en la zona. El director del Espacio Joven señala que varias veces han ido a las charlas de prevención del embarazo chicas esperando un niño. “Al menos ya saben lo que hacer para no tener otro”, añade resignado.

A un kilómetro de distancia de la barriada, al otro lado de la autopista que conduce a Las Palmas, se ha inaugurado hace un mes el centro comercial Las Terrazas. Un cartelón dibuja en la entrada a la familia ideal en un idílico paisaje. Una estilizada pareja camina con sus dos niños de la mano entre palmeras. Bajo sus siluetas, una familia *auténtica* se dirige hacia las tiendas para niños. En este caso, dos quinceañeros tiran de un carrito de bebé. En Jinámar la realidad va por delante de una ficción publicitaria •

